

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

La Europa que tenemos

La clase política y los medios de comunicación, salvo IU y este diario, ven la Unión Europea como un producto necesario surgido de la naturaleza de las cosas. No como lo que es: una artificial composición de intereses, impuesta por la voluntad de unos Gobiernos que pueden equivocarse, o elegir lo mejor para los poderosos, en perjuicio de los ciudadanos. Si esta Unión hubiera sido concebida por necesidad de la historia, concederíamos a los gobernantes que la han alumbrado, o sea, a unas inteligencias adiestradas para marchar detrás de los acontecimientos, el don de presagiarlos adivinando el sentido del porvenir. Pero si la Unión hubiera sido fruto verdadero de la libertad política, que supone una capacidad real de elección entre opciones distintas, no sería entonces la única alternativa para resolver problemas comunes, como dice el Jefe del Gobierno. De ser cierto, ¿a qué viene hablar de la Europa que necesitamos y no de la que tenemos? ¿Acaso la que tenemos anticipa la que necesitamos? Porque el Tratado es la fiel continuación, y no la ruptura, de las políticas de convergencia europea que nos han conducido a donde estamos.

Necesitábamos una Europa sin paro y sin huelgas. Y tenemos millones de parados y huelgas sin parar. Necesitábamos una Europa sin drogas ni crimen organizado. Y tenemos delincuencia mafiosa y terrorismo. Necesitábamos una Europa pacífica, tan respetuosa de la Humanidad como de la Naturaleza. Y tenemos discriminación, guerras y polución. Necesitábamos una Europa de buenas costumbres empresariales y políticas. Y tenemos una Europa de corrupción. Necesitábamos una Europa creadora y productiva. Y tenemos una Europa copiadora y monetaria. Necesitábamos una Europa libre, de pensamiento y de expresión. Y tenemos una Europa de servidumbre mental en los medios editoriales y audiovisuales. Necesitábamos una Europa independiente, que fraguara la alternativa a un orden que supedita la justicia internacional a los intereses materiales de la gran potencia. Y tenemos una Europa apéndice, «donga manu», del Destino Manifiesto de los gobernantes norteamericanos. En fin, lo que primeramente necesitamos es una Europa democrática. Y eso, precisamente eso, no es lo que tendremos con Maastricht.

La diferencia de capacidad crítica en la cultura de los pueblos europeos marca las diferencias de sinceridad moral y de rigor intelectual entre sus dirigentes políticos. Un presidente francés no puede dirigirse a sus gobernados, para darles cuenta de un mismo acontecimiento, con el impune desparpajo de un presidente español. Allí se consideraría tomadura de pelo lo que aquí pasa por argumento o información responsable. Mitterrand, a pesar de que no es un político admirable, tiene que hablar de la Unión con una sinceridad de la que está dispensado González. «La realidad, dijo, templó mi optimismo. Entre nosotros hay muchas diferencias respecto a la forma de construir Europa. Tenemos miles de quiebras de empresas, pero estoy seguro de que mañana habrá todavía más. Si los huelguistas y los parados llaman hoy a nuestra puerta es porque hemos fracasado. Una y otra vez». ¿Se imaginan ustedes lo que propuso González ante este sincero realismo? Pues lo que se le ocurriría a un jefe de prensa y propaganda del Movimiento: «Lo esencial es evitar que los medios de comunicación transmitan una sensación de escepticismo sobre el Tratado». Sólo la frustración necesita vivir de ilusiones. Y es bien iluso creer que la Europa que tenemos, la de Maastricht, vaya a traer la que necesitamos, la democrática. Sin ella, las necesidades imperiales de las cosas seguirán cabalgando, en nombre del pragmatismo, a lomos de las necesidades imperiosas de las personas.

TRIBUNA LIBRE

Guerra y González, de oídas

[FELIPE SAHAGUN]

Se les conoce mejor por radio que por televisión. Alfonso Guerra estuvo con Julia Otero el miércoles por la tarde. Felipe González, con Luis del Olmo el jueves por la mañana. Todo en Onda Cero. Un buen tanto.

El presidente del Gobierno suena seguro, el antiguo «número dos», inseguro. El inquilino de La Moncloa transmite, a pesar de todo, honestidad; Alfonso Guerra no tanto. El ex vicepresidente parece un jabalí herido, siempre a la defensiva, a punto de embestir. El presidente se mueve como un gato montés, esquiva los golpes suavemente.

Alfonso Guerra se pierde o tal vez se reencontra y se idealiza a sí mismo en Bertolt Brecht, Luis Cernuda, Antonio Machado, Lafontaine, lecturas...

Profetiza, poetiza, perdona, condena, brama, ataca y descalfica. Anuncia la resurrección de Carlos Marx (en las librerías por lo menos).

¿Y González? González explica a niños de primaria, no pasa de Indalecio Prieto y de Marx —«los tiempos no van por ahí»— sólo se queda con sus preguntas.

El ex vicepresidente canta, el presidente torea. Guerra pro-

«En la radio, el
ex
vicepresidente
canta, el
presidente
torea»

yecta la imagen de un piloto de carreras que se ha quedado sin coche y sin circuito.

González, por el contrario, pasea todavía, aunque más inseguro, su suerte por la gran finca que dirige desde hacer once largos años, desde aquel otoño de 1982. Guerra está

ido, un poco sonado a veces, sangra por una herida que ve completamente injusta e inmerecida.

González continúa de ejecutivo, empeñado en cuadrar balances imposibles. Suena a político, aunque suena falso. Proyecta una aparente inocencia, pero resulta oscuro. Sigue viendo lo malo como excepcional y lo bueno como general.

Tal vez nunca dejó de ser un abogado laboralista, con mentalidad de jurista para el que, con tal de salvar a la clientela, casi todo vale.

El ex vicepresidente del Gobierno, en cambio, en sus irresponsables sueños melancólicos, se me aparece como el amigo que, con todos los defectos, cada uno quisiera tener.

Felipe González, en cambio, se apaga distante, gitano, tan responsable, conciliador y calculador que resulta sospechoso. A Guerra se le oye venir. A González no se le oye. Por eso es más peligroso.

La España de la que habló Guerra ante los micrófonos de

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envíen. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Viaje de placer: un servicio deficiente

Sr. Director:

A finales del mes de septiembre, hice un viaje turístico por Francia, Bélgica, Holanda y un cruce por el Rin, organizado por la mayoría de viajes Panavisión. No fue el servicio prestado digno de alabanza, sino que dejó mucho que desear. Antes de emprender dicho recorrido, había abonado otro para visitar Italia a mi regreso del anterior. Pero si llegamos a saber que era Panavisión, quien lo organizaba, desde luego no hubiéramos ido.

Si malo fue el servicio prestado en el primero, en el segundo tour, fue nefasto. Se abonó estancia en hoteles de cuatro estrellas y media pensión con viaje de ida y vuelta

en avión. De los cuatro hoteles en que estuvimos, sólo dos eran de cuatro estrellas, pero se encontraban uno en pleno campo a tres cuartos de hora de Roma y el otro, peor aún, a 145 kilómetros de Venecia! Los otros dos hoteles, eran de tres estrellas y no de cuatro. No tenían baño en las habitaciones, al menos en la que yo estuve, sino ducha y en uno de ellos, la ducha no tenía ni plato, por lo que el agua corría por todo el suelo hasta llegar a un sumidero que había a un lado de la habitación. Los servicios prestados nunca estuvieron acordes con lo pagado y ni siquiera los itinerarios eran los designados en el programa, sino que los cambiaban sin decir nada. Referente a la comida, sólo puedo indicarle que hubo gente que se levantaba sin comer. Es conveniente que los futuros viajeros, conozcan los «servicios» que esta mayorista nos ha prestado.

MARIANO CAÑAS
Madrid

Gracias por no enfadarnos

Sr. Director:

Aclarando en primer lugar que era habitual lector de los diarios deportivos hasta hace unas semanas, y lector diario de su periódico desde esas semanas mismas y valga la reiteración, quisiera agradecer a EL MUNDO y en concreto a su jefe de redacción por seguir durante todo el tiempo la misma política de información y por no introducir ningún tipo de variaciones por acontecimientos extraordinarios que den lugar a posteriores enfados de más de uno.

Me refiero en concreto al trato inusual que dan algunos periódicos deportivos al Rayo Vallecano cuando se enfrenta con los vecinos deportivos de la Comunidad, donde estos medios de comunicación, aparte de TM que merece un apartado especial, tratan para llenar hojas con tal de dar la información del Rayo. Como socio rayista desde hace quince años pediría que también

durante esta semana de enfrentamientos con equipos madrileños siguieran con su tono habitual. Con esto no provocarían los enfados que se dan pues es muy difícil admitir el pasar de ver hojas llenas durante unos días para luego no ver ni cómo nos mencionan. Por tanto, pediría a mi nuevo periódico que siga imparcial y no caiga en prácticas cuyo único fin es vender más.

FRANCISCO GARCIA OLIVER
Madrid

Iglesia Católica: polémica subvención

Sr. Director:

Al visitar la cárcel, un rey de España escuchó que todos los presos se declaraban inocentes víctimas de engaños, errores judiciales etc. Sólo uno confesó que se encontraba allí por haber robado una capa. «Este culpable puede corromper a los inocentes —declaró el rey— ¡que lo echen a la calle!».

He recordado esta anécdota cuando, para defender su empleo, en